

Edmund Burke y las revoluciones

NOELIA GONZÁLEZ ADÁNEZ

EL político y escritor británico Edmund Burke (1729-1797) es conocido entre los historiadores de las ideas y de la teoría política en Europa continental por su crítica a la Revolución Francesa. Sin embargo, en el mundo académico anglosajón se ha estudiado su obra en toda su profundidad y alcance. Si a lo largo del siglo XIX se le atribuyó un liberalismo de sesgo utilitarista, que le convertía en uno de los principales artífices o promotores del whigismo británico¹, en el siglo XX (fundamentalmente en las décadas de los años 50 y 60), sin embargo, otra corriente de análisis le presentó como un conservador cuyos razonamientos se sustentaban en la tradición del *Natural Law*².

En la actualidad, la literatura en lengua inglesa sobre Burke es de enorme amplitud. Las perspectivas de análisis de su obra son variadas y las conclusiones acerca de su pensamiento difieren³. Lo que queda, en cualquier caso, es el interés por un pensador en posesión de una gran profundidad intelectual y, lo que no es una cuestión menor, de una prosa magnífica.

Burke fraguó su trayectoria política e intelectual como miembro de un partido⁴, posición desde la que emprendió: la crítica al

¹ Una de las obras que más contribuyó a divulgar esta imagen del pensamiento de Burke fue *Burke. A Historical Study*, escrita por John Morley en 1867 (Londres, Macmillan & Co.). La idea de Burke como un liberal utilitarista se proyecta hasta el siglo XX. En quién mejor se aprecia este tipo de valoración es en Harold Laski, quien admiró el liberalismo burkeano al tiempo que deploró su anti-democratismo en *Political Thought in England from Locke to Bentham*, Londres, Thornton Butterworth, 1920.

² El más representativo de los libros escritos en este período es *Edmund Burke and the Natural Law*, de Peter J. Stanlis (University of Michigan Press, 1958). También Francis Cavanan, *The Political Reason of Edmund Burke*, Duke University Press, Durham, 1960 y Russell Kirk, *The Conservative Mind*, Londres, Faber & Faber, 1954.

³ Hay al menos dos libros colectivos en los que se pone de manifiesto la mencionada variedad de enfoques y conclusiones acerca del pensamiento de Burke: Daniel E. Ritchie (ed.), *Edmund Burke. Appraisals & Applications*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1990 y Ian Crowe (ed.), *Edmund Burke. His Life and Legacy*, Londres, Four Courts Press, 1997.

⁴ El papel de Burke como «ideólogo» de la facción whig a la que perteneció, liderada por Lord Rockingham, parece algo indiscutible. Como ha dicho David Bromwich, mientras que Lord Rockingham aportaba a la facción un símbolo y un linaje, Burke era su cerebro, pág. 7 («If Lord Rockingham was the party's banner

sistema político de su tiempo y la forja de un ideario específico con el que dotar a la facción whig de la que formaba parte, a partir de una determinada lectura del significado de la Revolución Gloriosa y posterior reivindicación de su legado; la defensa del radical John Wilkes frente a quienes votaron su expulsión del Parlamento⁵; el apoyo a las reivindicaciones de los colonos americanos en contra del criterio de la mayor parte de la clase política británica; la defensa de la ampliación de derechos de los católicos irlandeses mediante la supresión de las *Penal Laws*⁶; el compromiso con una política de reforma económica basada en la liberalización relativa del comercio; el *impeachment* a Warren Hastings dentro de la crítica al tipo de administración ejercida en la India por la *East India Company*⁷; y, finalmente, la condena violenta a la Revolu-

and pedigree, Burke was already its nerves and its brain»), en la introducción a la edición de textos titulada *On Empire, Liberty and Reform*, New Haven & Londres, Yale University Press, 2000. Oliver Goldsmith dedicó a su amigo Burke unos versos en los que, anticipándose a una percepción común entre los historiadores de las ideas del siglo XIX, lamentaba que éste no se hubiera dedicado a una actividad «más elevada» que la política: «Here lies our good Edmund, whose genius was such,/ We scarcely can praise it, or blame it too much;/ Who, born for the Universe, narrowed his mind,/ And to party gave up was what meant for mankind.», *Retaliation*, Londres, Seeley, Jackson & Halliday, 1873.

⁵ John Wilkes logró una enorme popularidad entre los años de 1769 y 1774. Acusado de libelo contra la persona del Rey y expulsado en dos ocasiones de Parlamento, Wilkes se unió a la defensa de todas las causas de oposición a las políticas ministeriales del periodo: la libertad de prensa en la publicación de los debates parlamentarios; la independencia de los colonos americanos; la ampliación de derechos para católicos y disidentes; la reforma y ampliación del sistema electoral; o el respaldo a los revolucionarios franceses, fueron algunas de sus batallas. De dudosa ética y escasa capacidad política, Wilkes fue más un símbolo del primer radicalismo inglés que una figura de peso político, mucho menos un ideólogo.

⁶ Burke defendió la derogación de las *Penal Laws* en Irlanda y denunció el dominio ejercido por la *Protestant Ascendancy* sobre una población mayoritariamente católica. Para él, tolerancia religiosa y derechos civiles debían ir necesariamente unidos. También insistió en la necesidad de que se produjera un relajamiento de las leyes que restringían el comercio irlandés. No obstante, cuando en 1779, tras la formación del *Volunteer Movement*, el Parlamento irlandés reclamó una mayor independencia legislativa, Burke, en contra del criterio de la mayor parte de los miembros de su partido, se opuso a la concesión; en la presunción de que Irlanda podía pasar de reclamar una mayor autonomía política a la independencia total, siguiendo, de esta forma, el ejemplo de América del Norte.

⁷ Burke trabajó en el *impeachment* contra Hastings desde 1788 hasta 1795, año en el que éste fue finalmente exculpado. Al margen del proceso judicial en sí, lo interesante de la postura de Burke frente a la «cuestión india» es su defensa del respeto a las tradiciones culturales del subcontinente y a los principios generales de la «moral» en la administración de estos territorios y, desde un punto de vista práctico, la exigencia de que fueran revocados los derechos concedidos a la *East India Company* (en 1600 por Isabel II) y subsiguiente intervención del Parlamento en la supervisión de su gestión.

ción Francesa y la frontal oposición al incipiente radicalismo inglés; incluso al nuevo whigismo surgido en el seno de su partido, que reclamaba una reorganización y ampliación del sistema de voto en Inglaterra.

El propósito de este artículo es, en primera instancia, establecer una relación entre la interpretación que Burke hizo de la Revolución de 1688, con su postura frente al problema americano y su crítica a la Francia revolucionaria. Contrario a los cambios radicales, ajenos a las tradiciones y a las posibilidades «reales» de reforma con las que, en cada momento, cuenta una sociedad determinada, Burke aceptó la Revolución Gloriosa porque suponía, bajo su punto de vista, la restauración de los valores e instituciones que garantizaban el buen funcionamiento del sistema político inglés. En cuanto a la Revolución americana de independencia, aprobó la actuación de los colonos porque consideró que éstos procuraban la restitución de sus libertades perdidas; aquellas de las que debían gozar en tanto que *Englishmen*. Con relación a la Revolución Francesa, su crítica se basó en que ésta significaba un movimiento de ruptura radical inspirado en un «puñado de abstracciones», un salto en el vacío, ilegítimo y virtualmente desastroso, en la historia de Europa.

En «Appeal from the Old to the New Whigs» (1791), Burke justificó extensamente sus opiniones frente a las tres revoluciones. El propósito de este escrito era defenderse de los ataques de que había sido objeto tras la publicación de las *Reflections on the French Revolution* (1790), y demostrar la coherencia de sus planteamientos frente a quienes le acusaban de incurrir en una contradicción, al haber defendido a los colonos americanos para condenar después la revolución en Francia. Muchos de sus contemporáneos atribuyeron esta aparente inconsistencia a una cierta «debilidad mental». Sus actuaciones públicas en estos años contribuyeron considerablemente a la divulgación de esta idea. En diciembre de 1792, mientras defendía en el Parlamento la declaración de guerra contra Francia, arrojó contra el suelo una daga al tiempo que anunciaba que los franceses se estaban armando contra Inglaterra. Este tipo de «puestas en escena» —como ha dicho uno de sus biógrafos victorianos, de *intemperances*—, contribuyeron a la formación de una imagen «quijotesca» de Burke —hasta el punto de que se le refería con el apodo de «*the Irish madman*»— y al consiguiente descrédito de sus planteamientos⁸.

El «Appeal», por tanto, es una referencia fundamental para entender las ideas de Burke en torno a las revoluciones. No obstante,

⁸ Sir Robert Rhodes James, «The Relevance of Edmund Burke», pág. 149, en Ian Crowe, ob. cit.

una comprensión adecuada de las mismas requiere el análisis del resto de sus escritos y discursos con relación a cada uno de los procesos mencionados. Sólo así es posible entender en profundidad las claves, el propósito y el alcance de este texto y extraer desde sus opiniones en torno a las tres revoluciones, finalmente, una idea de cuál era su punto de vista acerca de los procesos revolucionarios en sentido amplio. Este artículo tratará de poner de manifiesto cómo este punto de vista está traspasado por una cierta noción de la libertad que, a su vez, se sostiene sobre lo que podríamos llamar un planteamiento «comunitarista» de cómo han de estructurarse las relaciones entre el individuo y la sociedad de la que es miembro. Burke asumiría, en este sentido, ciertos presupuestos de la tradición republicana de pensamiento; una tradición, como han demostrado los trabajos de, entre otros, John Pocock, notablemente vigente en el mundo anglosajón de finales de siglo⁹.

APROXIMACIONES A LA FILOSOFÍA POLÍTICA DE EDMUND BURKE

Burke insistió en la inutilidad y los perjuicios derivados de la conducción de los asuntos políticos de acuerdo a principios abstractos. En el «Appeal» afirmaba:

Nothing universal can be affirmed on any moral or any political subject. Pure metaphysical abstractions does not belong to these matters. The lines of morality are not like ideal lines of mathematics. They are broad and deep as well as long. They admit of exceptions; they demand modifications. These exceptions and modifications are not made by the process of logick, but by the rule of prudence¹⁰.

⁹ Sobre la vigencia del republicanismo en Inglaterra y las Colonias a lo largo del siglo XVIII, el libro pionero de Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealthman*, Cambridge, Harvard University Press, 1959. Entre los trabajos de Pocock, una buena síntesis se encuentra en los dos últimos capítulos de *Varieties of British Political Thought, 1500-1800*, Cambridge University Press, 1993. Para el caso de las Colonias: Bernard Baylin, *The ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University, 1992; Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic*, Nueva York, Norton, 1992; y Joyce Appleby *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, especialmente el capítulo titulado «Republicanism and History». En controversia con la idea —sostenida de forma más o menos explícita por estos autores— de que el republicanismo tiene una fibra «conservadora», el libro de Isaac Kramnick *Republicanism and Bourgeois: Radicalism and Political Ideology in the late Eighteenth-Century England and America*, Ithaca, Cornell University Press, 1990.

¹⁰ «An Appeal from the New to the Old Whigs», 1791, vol. I, pág.498, en *The Works of the Right Honourable Edmund Burke*, Introducción crítica y biográfica de Henry Rogers, 2 vols., Londres, Samuel Holdsworth, 1842.

No obstante, sus pensamientos y reflexiones siempre tienen un sustento teórico. En este sentido, la afirmación de Russell Kirk de que Burke ha obtenido su inmortalidad no por lo que hizo, sino por lo que fue capaz de percibir, resulta muy acertada¹¹.

Si bien Burke no sistematizó sus planteamientos sobre «los grandes temas» de filosofía política, éstos afloran y son pertinentemente expuestos a propósito de cuestiones concretas; de forma que sus ideas sobre la libertad, el origen y la finalidad del poder, la forma idónea de organizar un sistema de gobierno, el imperio o las revoluciones, aparecen dispersas en sus discursos y escritos. Razón por la que, por un lado, es necesario analizar las opiniones de Burke poniéndolas en relación con las circunstancias del momento en el que las emite, por otro, es preciso indagar en sus fundamentos filosóficos¹².

Ahora bien, concretar cuáles son las fuentes teóricas que inspiran los planteamientos de Burke es parte de un debate inconcluso. F. P. Lock ha sostenido incluso que intentar comprender la filosofía política de Burke es «ilusorio»¹³. Si suponemos que una «filosofía política» ha de ser un conjunto cerrado de ideas y premisas, efectivamente, Burke carece de algo parecido. Pero, como ha dicho Pocock, no necesariamente el discurso político ha de sustentarse en una teorización sistemática¹⁴. Si admitimos que, en sentido amplio, la «filosofía política» son las ideas y suposiciones teóricas que alientan el análisis, entonces lo que importa es saber en qué consisten, de qué significado las dota quién las utiliza y con qué fin las emplea en la elaboración de su discurso; no si constituyen o no un *corpus* cerrado de pensamiento. Donde Lock no ha visto más que dispersión doctrinal y retórica, Francis Cavanaugh ha encontrado una filosofía fuerte de inspiración teológica¹⁵.

¹¹ «Suspicious though he was, from first to last, of abstract doctrine and theoretic dogma, Burke has obtained his immortality not for what he did, but for what he perceived», pág. 29. Russell Kirk, *Edmund Burke. A Genius Reconsidered*. Illinois, Sherwood Sugden & Co., 1988.

¹² Ian Crowe ha alertado sobre los peligros de «descontextualizar» a Burke: «Few people in history can be seen quoted more frequently out of context than this man, for whom the context was everything», en «Principles and Circumstances», pág. 12, en Crowe, ob. cit.

¹³ «The truth is that Burke uses various ideas, including «prescription» and the «law of nature», in his own ways and for his own rethorical purposes. We know what Burke thought was the nature of the good society; but the search for his «political philosophy» is illusory», *Burke's Reflections on the Revolution in France*, Londres, George Allen & Unwin, 1985, pág. 90.

¹⁴ En concreto, refiriéndose a Burke, Pocock ha afirmado: «Not all the great intelligences who have engaged in the political discourse have engaged, directly or indirectly, in systematic political theorizing», en «The State of the Art», pág. 24, en *Virtue, Commerce and History*, Cambridge University Press, 1985.

¹⁵ *Edmund Burke: Prescription and Providence*, Durham, Carolina Academic

La existencia de conclusiones tan disímiles sobre la filosofía política de Burke debería llamar la atención sobre la imposibilidad e inutilidad tanto de buscar una sistemática única en la conformación de su filosofía, como de desacreditar su existencia por causa de su finalidad práctica.

Para Lock, lo que prevalece en Burke es, en tanto que político, la necesidad de «persuadir» y, por tanto, apela a principios abstractos para hacer de su discurso un eficaz instrumento de retórica¹⁶. Pareciera que el uso de esos principios es hasta tal punto consciente e instrumental que, en el proceso de su utilización, quedan vacíos de contenido. Es decir, Burke, según se infiere de las afirmaciones de Lock, habría empleado argumentos diversos sin prestar atención a su consistencia. La cuestión es que Lock ha centrado su análisis en el discurso de Burke «como acto de comunicación», desatendiendo la comprensión del mismo como «expresión del conocimiento y las ideas del autor», hasta el punto de sobredimensionar su naturaleza política y retórica, en detrimento de la «dimensión filosófica»¹⁷.

Sin duda, la fabulosa oratoria y capacidad narrativa de Burke, proceden, en buena medida, del uso eficaz de argumentos que pudieran poseer la clave de acceso a la «sensibilidad» moral o intelectual de su audiencia. Pero precisamente porque éstos producían ese tipo de efecto, es de suponer que pertenecían a corrientes de pensamiento diversas o, en sentido más amplio, se insertaban en el universo axiológico de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII. Lejos de quedar neutralizados por su finalidad retórica, tales argumentos cobran, en los escritos y discursos de Edmund Burke, una nueva vida, descubriéndonos un universo intelectual complejo, pero no por ello inaprensible.

Hampser-Monk ha presentado la filosofía política de Edmund Burke como el resultado de la convergencia entre: el utilitarismo liberal surgido de la Ilustración, una «adaptación inglesa» del republicanismo clásico, la tradición del *Natural Law*, el *Common Law*, y un cierto romanticismo que reacciona frente al racionalismo ilustrado, en el que los conceptos de historia y providencia tienen un notable peso específico¹⁸.

En términos generales, en el trasfondo del pensamiento de Burke hay una reflexión en torno a las bases sobre las que se sos-

Press and Claremont Institute for the Study of the Statesmanship and Political Philosophy, 1987.

¹⁶ Lock, *Burke's Reflections...*, ob. cit., pág. 22.

¹⁷ Una reflexión en torno a estas dos variantes del análisis en historia de las ideas en Pocock, «The State of the Art», págs. 29-30, ob. cit.

¹⁸ Iain Hampser-Monk, *The Political Philosophy of Edmund Burke*, Londres, Longman, 1987, pág. 37.

tienen los vínculos políticos que conforman una sociedad y, consiguientemente, una determinada cultura nacional —concretamente la inglesa— en continuo proceso de evolución; evolución para la cual el mantenimiento de ciertas tradiciones e instituciones resulta indispensable¹⁹. De forma que la preocupación central en Burke no está en el origen de la sociedad, sino en su devenir histórico²⁰ y, más específicamente, como ha dicho Joseph Pappin, en los fines hacia cuya realización impele tal devenir; sintetizados en el perfeccionamiento de la naturaleza humana en los ámbitos del conocimiento, la virtud y la costumbre²¹. El perfeccionamiento de una comunidad de individuos se produce con base en las enseñanzas extraídas de la historia, que «transcurre» de acuerdo a lo que Ian Crowe ha llamado un «*common law of morality*» y F. P. Lock «*the nature of things*»; es decir, un conjunto de principios imposibles de definir, pero no de ser deducidos, que constituyen un marco de referencia inalterable al cual deben adaptarse las decisiones humanas²².

Pero junto con la historia —una historia traspasada por un cierto aliento providencialista— las circunstancias deben ser tenidas en cuenta para determinar el curso de la acción política: «Circumstances (which with some gentlemen pass for nothing) give in reality to every political principle its distinguishing colour and discriminating effect»²³. De manera que aprenderíamos e interiorizaríamos los principios de acuerdo con los cuales debemos conducirnos atendiendo a las circunstancias, pero ello es porque tales circunstancias se desenvuelven a partir de nuestros «*untaught feelings*» (ideas y sentimientos innatos)²⁴. Circunstancias y princi-

¹⁹ *Ibid.*, pág. 42.

²⁰ Desde este punto de vista, la crítica a quienes con Stanlis han incidido en la importancia del *Natural Law* en Burke cobra entidad. Como ya advirtiera Frank O’Gorman en su libro *Edmund Burke. His Political Philosophy*, Londres, Unwin University Books, 1973, Burke recurre a los principios del *Natural Law* para reforzar su idea de *prescription* —en virtud de la cual una institución depende de su duración, de su «sustancia» histórica, de forma que el *Natural Law* sería accesorio en su discurso. pág. 19.

²¹ «The fundamental principles of Burke’s political philosophy, then, are not to be found so much in the origins of society, like Locke’s, but in its ends and purposes. Its primary end serves a moral purpose of helping to perfect human nature in knowledge, virtue, custom and habit» Joseph Pappin III, «Edmund Burke’s Philosophy of Rights», pág. 118, en Crowe, *ob. cit.*

²² Ian Crowe, «Introduction: Principles and Circumstances», pág. 23, en Crowe, *ibid.*; F. P. Lock, *Burke’s Reflections...*, *ob. cit.*, pág. 13

²³ *Reflections on the Revolution in France*, pág. 417, en *The Portable Edmund Burke*, editado por Isaac Kramnick, Londres, Penguin, 1999.

²⁴ «We do, indeed, learn about principles by observing circumstances, but this is because those circumstances are working upon our «untaught feelings», en Crowe, pág. 18, *ob. cit.*

pios aparecen indisolublemente unidos en el pensamiento de Burke, de forma que únicamente desde la combinación ponderada de ambos, las acciones humanas se orientan en la dirección adecuada.

Lock ha sostenido que Burke siempre apoyó lo que consideró la «causa justa», una actitud que evidencia la integridad y sinceridad de su reflexión más que su consistencia²⁵. Hay implícita, en esta afirmación, la presunción de que Burke habría guiado sus opiniones, exclusivamente, de acuerdo a una idea estática de lo justo, de contenido básicamente moral. Sin embargo, cuando Burke dice: «Political problems do not primarily concern truth or falsehood; they relate to good or evil. What *in the result is likely to produce* evil, is politically false: that *which is productive of good, politically true*»²⁶, es preciso reparar en que para él, lo importante no es la medida en que la decisión se oriente de acuerdo a un criterio de verdad o falsedad, tampoco si la decisión, en sí misma, se ajusta a un canon de lo bueno o lo malo, es decir, a un hipotético imperativo moral, sino que el resultado arrojado por esa medida produzca beneficios —*good*— o, por el contrario, genere perjuicios —*evil*. Recordemos que: «The lines of morality are not like ideal lines of mathematicks. They are broad and deep as well as long. They admit of exceptions...»²⁷. Es en el margen de las excepciones donde la acción humana se libera, al quedar reducida a una única exigencia: que los efectos que produzca sean positivos, lo que en Burke, como tendremos ocasión de ver, equivale a que beneficien por igual al individuo y a la comunidad de que forma parte.

Edmund Burke trató, durante toda su vida, de combinar en proporciones equivalentes principios y circunstancias, por eso sus planteamientos basculan entre la coherencia —cuando se analiza con detenimiento su sustrato filosófico— y la contradicción aparente, cuando sus puntos de vista sobre temas concretos son colocados «uno junto al otro». Así, ocurre que, al observar las posturas que adoptó, intelectual y políticamente, frente a las revoluciones inglesa, americana y francesa, puede resultar difícil comprender por qué justificó las dos primeras y condenó tan violentamente la última. Lo que sigue es un análisis de las razones por las que Burke adoptó aquellos planteamientos y un intento por demostrar la consistencia de los mismos con relación a los prin-

²⁵ «(Burke) always supported what he took to be *the right cause*, a claim of sincerity and integrity more than consistency», en *Burke's Reflections on the Revolution...*, ob. cit., pág. 89. La cursiva es mía.

²⁶ «An Appeal from the New to the Old Whigs», 1791, pág. 523, en *The Works*, ob. cit. La cursiva es mía.

²⁷ Véase nota 10.

cipios generales que orientaron su discurso, así como para con la lectura que el propio Burke hizo del significado y la naturaleza de cada uno de los tres procesos.

BURKE Y LAS TRES REVOLUCIONES

Burke fue uno de los principales protagonistas de la escena pública durante los primeros cuarenta años del reinado de Jorge III (1760-1820). Estos años se corresponden con lo que Pocock ha llamado la «crisis del Antiguo Régimen en Inglaterra»; una crisis que afectó por igual la estructura interna del sistema político —*within the realm*— y la composición del imperio, al producirse la secesión de las colonias de América de Norte y darse los primeros pasos hacia un «reacomodo» de las relaciones con Irlanda. Estamos, por tanto, ante un momento clave en la historia de Inglaterra y, por extensión, en la historia intelectual del mundo anglosajón²⁸.

En términos estrictamente políticos, los conceptos torismo y whigismo han perdido su significado primigenio hacia la segunda mitad del siglo XVIII²⁹. El espacio político que se dibuja tras la ascensión de Jorge III se compone de un conjunto de familias políticas con posturas más o menos definidas en torno a los «nuevos grandes temas»: en esencia, la conducción de la Guerra de los Siete Años y sus resultados —que abre el camino a una reflexión acerca de cómo administrar las posesiones imperiales; el estatus del Parlamento —su naturaleza y sus funciones; y el rol de una incipiente opinión pública³⁰.

En este contexto, Jorge III pretenderá llevar a cabo una «reorganización» del sistema político, no con el propósito de ampliar su prerrogativa a expensas del Parlamento, sino con el de terminar con el control whig del poder —los orígenes de cuya dominación se retrotraen a los acontecimientos posteriores a la Revolución

²⁸ J. G. A. Pocock, «Political Thought in the English-speaking Atlantic World, 1760-1790», pág. 285, en *The Varieties of British Political Thought, 1500-1800*, ob. cit.

²⁹ Originalmente, los torios están asociados al anglicanismo y a la defensa del derecho divino de los reyes. Aunque lo cierto es que la mayor parte de ellos juraron el *Act of Settlement* de 1701, que ponía el trono en manos del elector de Hanover (Jorge I), algunos se aliaron con los jacobitas, que defendían los derechos de sucesión del heredero de Jacobo II. Por su parte, los whigs habrían sido los principales promotores de la Revolución de 1688. Su postura fue más abierta que la de los torios en relación a los derechos civiles y religiosos de los disidentes, como prueba la aprobación de la *Toleration Act* de 1689.

³⁰ Frank O’Gorman, «The Age of George III, 1760-1789», pág. 200, en *The Long Eighteenth-Century. British Political and Social History, 1688-1832*, Londres, Arnold, 1997.

Gloriosa³¹. Tal dominio habría derivado en una cierta transformación del sistema político, asentado, a lo largo del siglo XVIII, sobre una compleja red de influencias³².

En estas circunstancias redacta Burke sus «Thoughts on the Present Discontents» (1770), destinados a denunciar la corrupción que aqueja al sistema político, en la convicción de que ésta tiene sus orígenes en la existencia de una red de patronazgo que vincula al Rey con una cierta facción política (*the King's friends*) en detrimento de las potestades del Parlamento. En este texto Burke advierte:

It must be remembered that since the Revolution, the influence of the Crown had been always employed in supporting the Ministers of State, and in carrying on the public business according to their opinions. But the party now in question is formed upon a very different idea. It is to intercept the favour, protection and confidence of the Crown in the passage to its Ministers; it is to come between them and the importance of Parliament; it is to separate them from all their natural and acquired dependencies; it is intended as the controul, not the support, of Administration³³.

De manera que la corrupción del sistema había provocado, en palabras de Burke, su «decaimiento y total disolución»³⁴; lo que, bajo su punto de vista, equivalía a una desnaturalización del Parlamento y sus funciones: «... (*parlament*) was not instituted to be a controul upon the people... It was designed as a controul for the people»³⁵. Burke enfatiza el carácter «representativo» de la institución parlamentaria, disminuído por causa de la existencia de una red de poder articulada en torno al Rey que se habría hecho con el control del Parlamento, de manera que éste ya no representaba

³¹ Las veleidades absolutistas de Jorge III fueron insistentemente denunciadas por una buena porción de sus contemporáneos y pasaron a constituir un elemento fundamental en la comprensión de este periodo en la historiografía whig del siglo XIX y parte del XX. El cuestionamiento de esta idea procede de los trabajos clásicos de Sir Lewis Namier (*England in the Age of the American Revolution*, Londres, Macmillan, 1961) y Ian Christie (*Myth and reality in Late Eighteenth Century British Politics and Other Papers*, Londres, Macmillan, 1970). Desde una perspectiva igualmente «revisionista», dos libros altamente recomendables: Jeremy Black, *The Politics of Britain, 1688-1800*, Manchester University Press, 1993 y el editado por el mismo autor *British Politics and Society from Walpole to Pitt*, Basingstoke, Macmillan, 1990.

³² O'Gorman, ob. cit., pág. 202

³³ «Thoughts on the Present Discontents», 1770, pág. 269, en Paul Langford, editor general, *The Writings and Speeches of Edmund Burke*, vol. II, Parliament and the American Crisis, editado por William B. Todd, Oxford, Clarendon Press, 1981.

³⁴ *Ibid.*, pág. 259

³⁵ *Ibid.*, pág. 292. La cursiva es mía.

el «interés general», sino, exclusivamente, los intereses particulares de quienes participan y deben su asiento en la Cámara a la influencia del *cabal regio*.

Ambos «bandos» —el Rey y sus partidarios (*court*) y el whigismo tradicional representado, en este caso, por Burke (*county*)— coinciden, por tanto, en su diagnóstico de la situación política; pero difieren en la asignación de responsabilidades, al culparse mutuamente de haber precipitado la «corrupción» del sistema.

Tanto en el discurso de Jorge III como en el del whigismo clásico, el concepto «corrupción» aparece de manera recurrente³⁶. Significa, en esencia, que se han producido ciertas alteraciones en el sistema político que resultó de la Revolución y el Acta de Establecimiento y que en virtud de estas alteraciones, una determinada facción se ha aprovechado de su posición de poder en beneficio propio. En la edición de 1792 del *A Complete and Universal English Dictionary*, a la definición clásica de corrupción («The action whereby the body loses all its properties, or whereby its form is altered, and its qualities changed») se suma una nueva acepción: «In politics, a state wherein persons act only from lucrative motives»³⁷.

³⁶ Como ha explicado Gordon S. Wood, la visión cíclica de la historia que se impone en este período, lleva consigo la idea de que las sociedades están abocadas a su decadencia. La mencionada corrupción generalizada del sistema político inglés, denunciada por unos y otros, debió parecer a los contemporáneos una nueva prueba de ello, en *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, ob. cit., págs. 28-36.

³⁷ *The New Royal and Universal English Dictionary*, por J. Johnson, impreso por A. Millar y R. Dorsely, Londres, 1763; *A Complete and Universal English Dictionary*, por J. Barclay, impreso por J. F. C. & Rivington, Londres, 1792. En el *A Dictionary of the English Language. In which the words are deduced from their originals, and illustrated in their different significations by examples from the best writers* de 1755 que perteneció a Burke, su contertulio en el *Literary Club*, Samuel Johnson recogía una única significación de la palabra corrupción que pudiera tener relación con la búsqueda del interés propio o, en sentido más amplio, con la perversión de la moral. Se trata de unos versos del *Henry VIII* de Shakespeare: «After my death/ I wish no other herald/ No other speaker of my living actions/ To keep mine honour from corruption». Se observa, junto a esta «definición», una pequeña marca en forma de cruz. Posiblemente esta anotación tenga que ver con las críticas de que Burke fue objeto cuando, al final de su vida, fue acusado por el Duque de Bedford de recibir una pensión inmerecida del Rey y de haber acrecentado su fortuna a costa del erario público. La «Letter to a Noble Lord» (1795) fue la respuesta de Burke a estas acusaciones y en ella, curiosamente, junto a varios otros argumentos en su descargo, Burke emplea el siguiente: «Mine (se refiere a la pensión) was from a mild and benevolent sovereign; his (se refiere a la de Bedford) from Henry the Eighth ... His grants were from the aggregate and consolidated funds of judgments iniquitously legal, and from possessions voluntarily surrendered by their lawful proprietors, with the gibbet at their door», pág. 222 en *The Portable Edmund Burke*, ob. cit. No hay rastro en la carta a Bedford de ninguna de las definiciones recogidas por Johnson en su diccionario, salvo la mención —posiblemente fruto de una asociación de ideas— a Enrique VIII.

Ambas concepciones de lo que significa la corrupción en política, la clásica —referida a la alteración de la sustancia original del sistema— y la moderna —relativa a la utilización de los cargos políticos para la realización de fines propios, conviven en este período y son utilizadas de forma integrada por los miembros de cualquier facción política para justificar sus reclamaciones.

Este clima ideológico-político es el punto de partida para entender la postura de Burke frente a la revolución inglesa y la norteamericana.

Revolución, restauración, necesidad

En su «Address to the King» de 1777 Burke afirmaba:

The revolution is a departure from the ancient course of the descent of this monarchy. The people, at that time, reentered into their original rights; and it was not because a positive law authorized what was then done, but because the freedom and safety of the subject, the origin and cause of all laws, required a proceeding paramount and superior to them. At that ever memorable and instructive period, the letter of the law was superseded in favour of the substance of liberty ... from that great principle of liberty have originated the statutes, confirming and ratifying the establishment, from which your majesty derives the right to rule over us. *Those statutes have not given us our liberties: our liberties have produced them*³⁸.

La Revolución, por tanto, es el «punto de partida»; constituye el momento en el que se produjo la recuperación de los derechos originales, de las libertades primigenias, y son éstas las que justifican los acontecimientos de 1688 y dotan al *Act of Settlement* de legitimidad. Por tanto, las libertades de los ingleses no nacieron de los estatutos que se aprueban entonces, sino que son previas a los mismos, de hecho, es en virtud de su recuperación que se produce la Revolución, que no es sino la restauración de la constitución antigua, basada en el equilibrio de poderes, que había sido amenazado por la política de Jacobo II. En este sentido, como ha sostenido George Watson, la Revolución Gloriosa fue aplaudida, fundamentalmente, por lo que había restituido, no por las innovaciones que hubiera podido introducir³⁹.

³⁸ «Address to the King», 1777, pág. 400, en *The Works*, ob. cit. La cursiva es mía.

³⁹ George Watson, «Burke's Conservative Revolution», pág. 77, en D. E. Ritchie, *Edmund Burke. Appraisals...*, ob. cit.

El nuevo whigismo, contra el que Burke arremeterá con fuerza, así como el radicalismo nacido, fundamentalmente, en el seno de las sectas disidentes⁴⁰, divulgarán la idea de que la Revolución introdujo el contractualismo con su derivación en el reconocimiento del derecho de resistencia, pero los whigs de los años inmediatamente posteriores a la Revolución no pretendían en absoluto hacer del derecho de resistencia preconizado por Locke una máxima de comportamiento. Sería en los sermones de los disidentes whigs y en los panfletos y tratados escritos y divulgados durante el reinado de Ana cuando las ideas de Locke comenzarían a conocerse con cierta amplitud y a cobrar popularidad⁴¹.

En términos generales, efectivamente, la Revolución Gloriosa devino en el establecimiento de un sistema constitucional basado en el equilibrio de poderes, en el que, por otra parte, el rey conservaba íntegramente sus prerrogativas. Sin embargo, la imagen de la Revolución como un proceso tendente a la recuperación de unas «libertades originales» perdidas, se corresponde muy poco con la realidad. La Revolución fue, básicamente, la reacción de la aristocracia, tanto whig como tory, frente a la indulgencia de Jacobo II para con los católicos y, en verdad, no supuso una alteración sustancial de las bases del sistema político inglés; ésta no tendría lugar sino a partir de 1694, tras la creación del *Bank of England* y, posteriormente, con el *Act of Union* de 1707⁴². Historiadores como Pocock o Frank O’Gorman han puesto el énfasis en que la evolución constitucional que vive Inglaterra en los últimos años del xvii y primeros del xviii debe más a las necesidades económicas surgidas de la agresiva política exterior de Guillermo III, a la exigencia de garantizar el trono para un protestante y al modelo de incorporación de Escocia en la Corona inglesa, que a una revolución idealmente articulada sobre la base de un corpus doctrinal whig que reclamaba una monarquía limitada.

Ocurrió que lo que comenzó a ser crecientemente percibido como uso indebido del poder por parte de los ministros de Guillermo III, así como una política exterior altamente costosa con la

⁴⁰ Uno de los fenómenos más interesantes en la historia intelectual de este período en el mundo anglosajón es el surgimiento del radicalismo político en el seno del no-conformismo. Las claves para la ampliación de las exigencias de los disidentes desde el reconocimiento de derechos religiosos al de derechos civiles, y el «potencial revolucionario» de sus reivindicaciones en un contexto de transformación del orden político en su conjunto, han sido ampliamente estudiadas, entre otros, por James Bradley en *Religion, Revolution and English Radicalism. Nonconformity in Eighteenth-Century Politics and Society*, Cambridge University Press, 1990.

⁴¹ O’Gorman, *The Long Eighteenth-Century...*, ob. cit., pág. 34.

⁴² J. G. A. Pocock, «Introduction», pág. 13-14, en Pocock (ed.) *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*, Princeton University Press, 1980.

que no todos estaban de acuerdo, provocó enérgicas protestas que resultaron en la aprobación de la *Triennial Act* en 1694, que obligaba a la celebración de elecciones al menos cada tres años y que representó la primera restricción sobre la prerogativa, hasta entonces asumida sin problemas, que el Rey tenía para disolver el Parlamento⁴³.

En este mismo año el Parlamento asumió las responsabilidades derivadas del control de la deuda pública, con la creación del *Bank of England*, de forma que hacia 1714 el Tesoro presentaba presupuestos anuales que debían ser sometidos a la aprobación del legislativo, convirtiéndose la convocatoria anual del Parlamento no en un mandato constitucional pero sí en un imperativo surgido de la necesidad de gestionar el Tesoro. Por esta razón ha sostenido O’Gorman que la revolución financiera tuvo unas consecuencias constitucionales más extensas que el *Bill of Rights*⁴⁴.

Desde la última década del siglo, por tanto, se están aprobando un conjunto de medidas encaminadas a incrementar el control del Parlamento sobre el ejecutivo. El *Act of Settlement* de 1701 está destinado a garantizar la sucesión de un protestante al trono —Jorge, Elector de Hanover— tras la muerte del heredero de Ana, Guillermo, Duque de Gloucester. El *Act of Settlement* establece que la aprobación del Parlamento es indispensable para la prosecución de una guerra en defensa de posesiones continentales de un rey extranjero, así como que ningún extranjero pudiera sentarse en el Parlamento o en el *privy council*, ni ostentar cargo civil o militar alguno o recibir concesiones territoriales por parte de la Corona. Además, se estipulaba que los *placemen* y *pensioners* abandonarían sus cargos y se establecía la necesidad del consentimiento de la cámara para que el rey pudiera abandonar el reino. Ninguna de estas dos últimas medidas, sin embargo, fue puesta en práctica. Lo interesante es que su aprobación denota la disposición de muchos parlamentarios tories a limitar las prerrogativas de la monarquía. Por último, la aprobación del *Act of Union* con Escocia en 1707 supone, al tomar la forma de una integración de los Parlamentos inglés y escocés en una única cámara —el Parlamento de Westminster— la extensión de una incipiente red de patronazgo whig a Escocia; lo cual consolida la tendencia de esa facción a dominar el legislativo y a esgrimir su preponderancia sobre la corona como uno de los derechos sancionados por la Revolución y el *Bill of Rights*⁴⁵.

⁴³ O’Gorman, *The Long Eighteenth-Century...*, ob. cit., pág. 37

⁴⁴ «...the Financial Revolution arguably had more extensive constitutional consequences than the Bill of Rights», ibíd., pág. 40

⁴⁵ J. G. A. Pocock, *Virtue, Commerce and History. Essays on Political Thought*

El debate en torno a qué significación histórica tiene el proceso revolucionario de 1688 es, en cualquier caso, fundamental en la contienda política del último tercio del siglo XVIII. La interpretación que los whigs tradicionales y el propio Jorge III hacen de la Revolución, se opone a la visión de los nuevos whigs y de un radicalismo incipiente, para el que la Revolución implicó la sujeción de la autoridad a la sanción de los gobernados. Dentro de esta controversia hay que situar las opiniones de Burke en torno no sólo a la cuestión americana sino también a la Revolución Francesa.

Respecto de la primera, para él, el descontento experimentado por los colonos desde la firma de la Paz de París (1763), que puso fin a la Guerra de los Siete Años, y la consiguiente aprobación de las primeras leyes fiscales para América no son si no el reflejo de la situación de deterioro y generalizada corrupción en que se encuentra el sistema político inglés.

En la perspectiva de Burke, los colonos americanos estarían llevando a cabo las mismas reivindicaciones que los whigs de la Gloriosa; estarían exigiendo la restauración de sus libertades vulneradas por la imposición de una legislación aprobada sin su consentimiento. De hecho, los colonos, en esta fase pre-revolucionaria, sostuvieron con insistencia que la constitución inglesa, originalmente el más fabuloso ingenio para garantizar las libertades, estaba sucumbiendo ante las fuerzas de la tiranía. Las exigencias de los americanos, desde su propia perspectiva y desde la de los que en la madre patria simpatizaron con su causa —entre ellos Burke— iban encaminadas a garantizar la preservación de los valores y las libertades consagrados por la constitución antigua⁴⁶.

Para Burke, la resolución de los problemas en América requería una recuperación de los valores y mecanismos de la constitución política de Inglaterra. Ello sólo era posible mediante la eliminación de las redes de patronazgo y la rearticulación del sistema político a partir de la instauración y promoción de una facción política, de un partido. Pero no es a la creación del moderno sistema de partidos hacia lo que apunta, sino a la revitalización del sistema político inglés por medio de la «reubicación» de su clase política —lo cual, en Burke, equivale a la aristocracia— en un espacio «...of men united, for promoting by their joint endeavours the

and History, Chiefly in the Eighteenth-Century, Cambridge University Press, 1985, pág. 131

⁴⁶ «They sincerely believed they were not creating new rights or new principles prescribed only by what ought to be, but saw themselves claiming only to keep their old privileged, the traditional rights and principles of Englishmen, sanctioned by what they thought had always been», pág. 13, en Wood, *The Creation...*, ob. cit.

national interest, upon some particular principle in which they all agreed»⁴⁷.

A un nivel complementario, Burke exigirá la revocación de toda la legislación fiscal de acuerdo a criterios de oportunidad política, puesto que no sirve de nada sostener su aplicación cuando «two millions of people are resolved not to pay»⁴⁸. De hecho, en su primer discurso sobre el tema, de 1774, se negó a entrar en el debate constitucional que se estaba produciendo entre las elites de uno y otro lado del Atlántico. La controversia giraba en torno a los límites de la soberanía del Parlamento de Westminster sobre las colonias; es decir, se trataba de establecer si el Parlamento tenía o no autoridad para aprobar legislación fiscal en América. Pero para Burke, al margen de discusiones de principios, lo que importaba era reparar, en los hechos, los agravios cometidos contra los colonos y poner de esa forma fin al conflicto. En este orden de cosas, durante el período en el que Lord Rockingham lideró un gabinete ministerial —desde julio de 1765 hasta junio de 1766— se decidió la revocación de la controvertida *Stamp Act*, aprobada en marzo de 1765 por el gabinete de Grenville, y la aprobación del *Declaratory Bill*, en donde se afirmaba el principio de soberanía del Parlamento inglés sobre las colonias norteamericanas «in all cases whatsoever». Ambas decisiones, aparentemente contradictorias, obedecían al criterio de los seguidores de Rockingham, alentado por Burke, de que debía seguirse una política de reconocimiento y compensación de los agravios infligidos a los colonos sin que ello implicara, al menos sobre el papel, una disminución de la autoridad del Parlamento en América.

A la altura de 1774, la situación en las colonias se había agravado de tal forma que Burke afirmaría que el Parlamento de Westminster tenía, junto con una prerrogativa extensa en materia legislativa «*within the realm*», una prerrogativa «imperial»; lo que equivalía a un derecho puramente tutelar sobre las asambleas coloniales⁴⁹. Y en un texto posterior admitiría que la autonomía legislativa de las colonias había quedado establecida por la costumbre, de forma que era necesario asumir la existencia de una «*double constitution*»⁵⁰. Si al inicio del conflicto Burke reclamaba la recuperación de la política del «*salutary neglect*» para con las colonias⁵¹, una vez que el problema devenga en enfrentamiento armado exi-

⁴⁷ «Thoughts on the Present Discontents», 1770, pág. 317, en *The Works*, ob. cit.

⁴⁸ «Speech on American Taxation», 1774, pág. 417, en *The Writings*, ob. cit.

⁴⁹ «Speech on American Taxation», 1774, pág. 460, *ibíd.*

⁵⁰ «A Letter from Mr. Burke to the Sheriffs of Bristol, on the Affairs of America», 1777, pág. 219, en *The Works*, ob. cit.

⁵¹ Para Burke el «*salutary neglect*» equivalía al sostenimiento de los vínculos

gía del gabinete ministerial la aplicación de una «*systematic indulgence*»⁵². Su objetivo era conseguir la paz al precio que fuera necesario, pues sólo así lograría preservarse la unidad del imperio.

Hacia 1777 Burke pareció asumir que la independencia de las colonias americanas era un hecho irreversible —la consecuencia lógica de esta «blind and tyrannical partiality»⁵³; lo cual no equivale a su aprobación⁵⁴. La aceptación de la independencia fue, en su caso, el resultado de la imposibilidad de hacer ver en la madre patria que el imperio debía administrarse de acuerdo a una pluralidad de estrategias y modelos de gobierno para cada una de las partes. En relación a las colonias norteamericanas:

...the disposition of the people in America is wholly adverse to any other than a free government; and this is indication enough to any honest statesman, how he ought to adapt whatever power he finds in his hand to their case. If any ask me what a free government is, I answer that, for any practical purpose, it is what the people think so; and that they, and not I, are the natural, lawful, and complete judges of this matter⁵⁵.

Por tanto, Burke aprobó la protesta de los colonos norteamericanos, en la medida en que ésta, como muchos de los primeros panfletistas sostuvieron, se encaminaba a la restitución de las libertades originales de los mismos; a la restauración de una situación previa, basada en el reconocimiento implícito de la autonomía de las asambleas legislativas en la gestión de los asuntos coloniales. Desde su punto de vista, la Revolución americana de independencia había surgido, igual que la Gloriosa, de la necesidad de restaurar; de restituir a sus protagonistas las libertades cuya recuperación legítimamente reclamaban.

Pero además, en el caso de la Revolución americana, el concepto de *expediency* había jugado un papel capital en la conformación de las opiniones de Burke en torno al tema. La necesidad suprema de evitar la pérdida de los territorios americanos debía anteponerse a cualquier consideración de principios:

imperiales sobre la base de unas relaciones de tipo puramente comercial. Mercantilismo y autonomía política debían combinarse en la regulación de las relaciones entre la madre patria y sus colonias americanas. En «Speech on American Taxation», 1774, pág. 458, ob. cit.

⁵² «Speech on Moving his Resolution for Conciliation with the Colonies», 1775, pág. 197, en *Select Works*, editado y con introducción de E. J. Payne, vol. I, Londres, Clarendon Press, 1924.

⁵³ «A Letter from Mr. Burke to the Sheriffs of Bristol, on the Affairs of America», 1777, pág. 214, en *The Works*, ob. cit.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 207.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 217.

All government, indeed, every human benefit and enjoyment, every virtue, and every prudent act, is founded on compromise and barter. We balance inconveniencies: we give and take; we remit some rights, that we may enjoy others; and we choose rather to be happy citizens than subtle disputants. As we must give away some natural liberty to enjoy civil advantages; so we must sacrifice some civil liberties, for the advantages to be derived from communion and fellowship of a great empire⁵⁶.

Por último, las exigencias surgidas de las particularidades del medio americano, convertían en aceptables las reivindicaciones de los colonos. Así, el devenir histórico de las colonias había conducido al desarrollo de «un feroz espíritu de libertad» que:

...has grown up with the growth of the people in your Colonies, and increased with the increase of their wealth; a Spirit that unhappily meeting with an exercise of Power in England, which, however lawful, is not reconcilable to any idea of Liberty, much less with theirs, has kindled this flame that is ready to consume us⁵⁷.

Burke nunca manifestó su opinión, al menos públicamente, acerca de los acontecimientos posteriores a 1776, relativos a la formación de la república de estados federados. Solamente en 1777, en el que es su último escrito sobre el tema, advirtió a los colonos de los peligros inherentes a actuar en nombre de unas libertades ajenas a las nacidas de la tradición inglesa⁵⁸. Pero fueron los acontecimientos de la Francia de 1789 los que le brindaron la oportunidad de reflexionar a fondo en torno a la naturaleza y los efectos de «esas otras libertades».

Los aeronautas de Francia

Al terminar la lectura de su sermón, «A Discourse on the Love of our Country», el Reverendo Richard Price y una parte importante de los asistentes a la conmemoración de los acontecimientos de la Gloriosa, que tuvo lugar el 4 de noviembre de 1789 en la *London Tavern* a instancias de la *Revolution Society*, brindaron porque algún día el Parlamento de Westminster se convirtiera en asamblea nacional. El incipiente radicalismo, surgido en el corazón de las sectas disidentes y el nuevo whigismo, liderado por Charles James

⁵⁶ «Speech of Edmund Burke, Esq., on Moving his Resolution for Conciliation with the Colonies», 1775, pág. 222, en *Select Works*, ob. cit.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 184.

⁵⁸ «Address to the British Colonists in North America», 1777, pág. 402, en *The Works*, ob. cit.

Fox, simpatizarán desde el primer momento con la causa de los revolucionarios franceses, quienes parecían revivir los argumentos y el proceso de 1688. Burke, por su parte, llevará a cabo una crítica feroz de los acontecimientos de 1789, enfrentándose de esta forma a la opinión de la corriente mayoritaria dentro de su propio partido y al no-conformismo con el que, al menos hasta los primeros años 80, había mantenido un vínculo de afinidad⁵⁹. Por tanto, si antes de 1789 Burke percibió como la principal amenaza contra la integridad y el buen funcionamiento del sistema político inglés los intentos de Jorge III por extender su influencia política, después de esta fecha su preocupación central será cómo evitar que los radicales ingleses sigan el ejemplo francés.

De forma que las *Reflexiones* están dirigidas, fundamentalmente, a quienes, en Inglaterra, aprueban lo ocurrido en Francia, y su propósito principal es demostrar que no existe ningún paralelismo entre estos acontecimientos y los de la Revolución Gloriosa. La Revolución francesa se estaba conduciendo, según Burke, sobre la base de principios muy diferentes: ajenos a la historia y extraños a las necesidades que las circunstancias imponían; principios abstractos, creencias de textura «metafísica»; eso es lo que inspiraba las acciones de «los teólogos políticos» y los «políticos teológicos», los «caballeros de letras» y los «filósofos intrigantes», protagonistas todos ellos de una revolución que elevaba hasta alturas insospechadas el vuelo de los «aeronautas de Francia».

En las *Reflexiones* se pone claramente de manifiesto como frente a la visión de un *old whig*, en este caso Burke, está la de la disidencia radical, que veía en la Revolución Gloriosa la concreción histórica del contractualismo, y en la francesa un *revival* de la anterior.

Price había dicho en su sermón que la legitimidad del rey de Inglaterra, desde la Revolución y el *Act of Settlement*, emanaba de la voluntad de sus súbditos. Burke, en las *Reflexiones*, sostendrá que la única fuente de legitimidad de Jorge III proviene del reconocimiento explícito en el texto del *Bill of Rights* del derecho de sucesión de los reyes; reconocimiento que tiene su complemento en la garantía al respeto de las libertades de sus súbditos mediante el establecimiento de un sistema de separación y equilibrio de poderes⁶⁰.

⁵⁹ F. P. Lock ha explicado que uno de los elementos nuevos de las *Reflexiones* es el rechazo de Burke hacia la disidencia protestante, con la que había mantenido buenas relaciones (tradicionalmente no-conformismo y whigismo habían estado políticamente muy próximos) hasta, al menos, las elecciones de 1784, cuando los disidentes apoyaron a William Pitt en lugar de a Fox. En *Burke's Reflections*, págs. 42-3, ob. cit.

⁶⁰ *Reflections on...*, págs. 420-1, ob. cit.

Price sostendría en su discurso que el pueblo tenía el derecho de deponer a sus gobernantes, de incurrir éstos en «*misconduct*»; frente a lo cual Burke afirmará la imposibilidad de precisar cuándo se conduce un gobernante de forma inapropiada⁶¹, así como la falacia de considerar que el rey es «the servant of his people», implícita en la suposición anterior; puesto que: «...he is not to obey us, but we are to obey *the law in him*, our Constitution has made no sort of provision towards rendering him, as a servant, in any degree responsible»⁶².

Finalmente, en cuanto al derecho que, según Price, sancionó la Revolución de que el pueblo decidiera la forma de gobierno con que se quería dotar, Burke insistirá en que la esencia del sistema político inglés no puede ser alterada de acuerdo a la voluntad del pueblo, porque se asienta en una «reference to antiquity»⁶³ que trasciende y se antepone a los deseos fatuos de los individuos.

La Revolución Gloriosa, por tanto, constituyó una excepción en el curso del desarrollo de la historia inglesa. Fue, como vimos más arriba, el producto de una situación de necesidad. Si, efectivamente, la Revolución implicó un cambio, éste es aceptable en la medida en que su fin era propender a la conservación de los principios esenciales de la constitución. En este sentido, Burke afirmaría que: «A state without the means of some change is without the means of its conservation»⁶⁴. La conservación no es algo que esté garantizado por el propio transcurrir de la historia, antes al contrario:

Our political system is placed in a just correspondence and symmetry with the order of the world, and with the mode of existence decreed to a permanent body composed of transitory parts ...The whole, at one time, is never old or middle-aged or young, but in a condition of unchangeable constancy, moves on through the varied tenor of perpetual decay, fall, renovation and progression⁶⁵.

Es en el punto de inflexión que constituyó el paso de una situación de deterioro, provocada por la acción de Jacobo II, a otra de recuperación, que la Revolución Gloriosa tuvo lugar, promoviendo la renovación del sistema.

En la perspectiva de Burke, no podía establecerse paralelismo alguno entre la Revolución inglesa y la francesa, por cuanto ésta

⁶¹ *Ibid.*, pág. 426.

⁶² *Ibid.*, pág. 427. La cursiva es mía.

⁶³ *Ibid.*, pág. 428.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 424.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 429.

última ni atendía a un criterio de necesidad, ni se ajustaba a los dictados de la historia, las tradiciones, o los prejuicios, al haber destruído los dos pilares sobre los que éstos se asientan: la aristocracia y la religión⁶⁶. Burke opone, en este caso, aquellos «*untaught feelings*», en virtud de los cuales tanto la aristocracia como la religión disfrutaban de legitimidad, al racionalismo del proyecto revolucionario en Francia⁶⁷, que, desde su concepción igualitaria de los individuos, reclamaba la destrucción de ambas instituciones.

El diseño de un sistema de gobierno, era, según Burke, una ciencia experimental, cuyo conocimiento no podía ser extraído de los grandes principios imaginados por el radicalismo ilustrado⁶⁸, sino, únicamente, de ejercitar la prudencia tomando en consideración la oportunidad de una acción política junto con el grado de correspondencia entre ésta y las tradiciones y los prejuicios predominantes en la sociedad en que se adopta. El proceso iniciado en julio por los revolucionarios franceses ignoraba por completo estos parámetros, al basarse en exclusividad en la defensa de unos derechos del hombre que no existían fuera de la imaginación de los *philosophes*⁶⁹.

Frente a estos derechos, Burke reconocería como los únicos válidos aquellos que nacen de los beneficios «naturales» que la vida en sociedad comporta: el derecho a la justicia; a los resultados del propio trabajo y a los medios para poder realizarlo de forma fructífera, así como a la transmisión de la propiedad por herencia, pero, ante todo:

Whatever each man can separately do, without trespassing upon others, he has a right to do for himself; and he has a right to a fair portion of all which society, with all its combinations of skill and force, can do in his favour. In this partnership all men have equal rights; but no to equal things⁷⁰.

La única razón de que los revolucionarios franceses hubieran logrado llegar tan lejos era que habían conseguido atraerse el descontento popular. Una vez lograda la adhesión de una parte importante de la población, habían impuesto el principio de las mayorías, en la pretensión de estar instituyendo un sistema demo-

⁶⁶ Lock ha sostenido que Burke consideraba que ninguna sociedad civilizada podía subsistir sin la existencia de desigualdades en cuanto a la propiedad y una jerarquía de subordinación social. Este orden de cosas debía de contar con la sanción proporcionada por los dictados de la religión, en *Burke's Reflections*, ob. cit., pág. 86.

⁶⁷ *Reflections on...*, ob. cit. pág. 451.

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 442.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 440.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 441.

crático. Burke no creía que la democracia pudiera prosperar en Francia, de hecho, consideraba que daría lugar a una «ignoble oligarchy»⁷¹. Pero incluso en el supuesto de que la democracia se asentara, ello no era garantía de nada, pues ya Aristóteles había denunciado los peligros inherentes a colocar el poder en manos de la mayoría:

The share of infamy that is likely to fall to the lot of each individual in public acts is small indeed: the operation of opinion being in the inverse ratio to the number of those who abuse power⁷².

Por tanto, la libertad en cuyo nombre los revolucionarios decían actuar, había producido despotismo. «Liberty, when men act in bodies, is power»⁷³, y cuando el poder carece de mecanismos de control, entonces se transmuta en tiranía.

EL SIGNIFICADO DE LA LIBERTAD

La reflexión de Burke en torno a cada una de las revoluciones está profundamente conectada con su idea de la libertad. Si en el caso de la Revolución Gloriosa, la necesidad de restaurar un orden previo, basado en el sostenimiento y la defensa de las tradicionales libertades inglesas, justificaba la violación del derecho de sucesión, en el de la americana, uno de los problemas principales será cómo conciliar libertad con subordinación, siendo esta última una premisa indiscutible para garantizar la unidad del imperio.

Convencido, como estaba, de que los grandes imperios sólo podían mantenerse sobre la base del interés mutuo y del consentimiento, propuso un tipo de política para América que contara con la aprobación de los colonos, en donde el comercio fuera regulado desde la madre patria y las colonias gozaran de un amplio margen de autonomía política. La administración de los territorios americanos se había regido tradicionalmente de acuerdo a una política de *salutary neglect*. Era lógico, por tanto, que los colonos reclamaran ahora la recuperación de una práctica asentada por la costumbre. Además, su inclinación «natural» hacia la libertad —inclinación que debían, en última instancia, a su idiosincrasia inglesa— hacía de la Revolución americana un proceso idéntico al de 1688: surgido de la necesidad y hecho en nombre de las libertades tradicionales bajo amenaza.

⁷¹ *Ibíd.*, pág. 466.

⁷² *Ibíd.*, pág. 455.

⁷³ *Ibíd.*, pág. 418.

Respecto de la Revolución Francesa, las *Reflexiones* ponen de manifiesto la existencia de una dicotomía entre soberanía nacional y libertades populares que se resuelve en la inclinación de Burke hacia la defensa de las segundas en perjuicio de la primera⁷⁴. Frente a las apelaciones de los revolucionarios al contractualismo y la consiguiente derivación de la autoridad del principio de soberanía nacional, Burke opone un modelo de contrato que implica la existencia de:

...a partnership in all science, in all art, in every virtue and in all perfection. As the ends of such a partnership cannot be obtained in many generations, it becomes a partnership not only between those who are living, but between those who are living, those who are dead and those who are to be born⁷⁵.

La naturaleza casi sagrada del contrato sobre el que se funda la sociedad civil, impide que ésta esté sujeta a las exigencias impuestas, puntualmente, por quienes forman parte de ella. Los miembros de una sociedad civil deben respeto a una ley que trasciende su voluntad, al punto de ser inalterable.

Las opiniones de Burke acerca de las tres revoluciones no pueden entenderse, por tanto, sin atender a su noción de la libertad y ésta, por su parte, resulta incomprensible si no se ubica en el espacio de una reflexión de fondo en torno a los valores sobre los que se articula la vida en comunidad. Éstos, en el pensamiento de Burke, son los que nacen de la tradición, de la costumbre ajustada a las pautas que marcan los principios generales de un *common law of morality*; pero también de las exigencias y las necesidades que las circunstancias imponen.

Al contrario que la mayor parte de sus contemporáneos whigs, de extracción racionalista o emocionalista —lo que significa que fundaban su ética en el principio de utilidad o bien en las nociones ilustradas de simpatía y servicio hacia el otro; la ética de Burke y su consiguiente idea de la libertad surge de una combinación entre individualismo y culto al orden tradicional, a la idea de prescripción; es decir, a la acción inspirada y sancionada por la costumbre. Para Burke, la verdadera libertad no podía ser solitaria, atomizada, individual y egoísta, como si cada hombre hubiera de conducirse exclusivamente de acuerdo a sus deseos⁷⁶. La afirmación «Men have no right to what is not reasonable»⁷⁷ es, en este sentido, suficientemente elocuente. La máxima roussoniana

⁷⁴ Frank O’Gorman, *Edmund Burke. His Political Philosophy*, ob. cit., pág. 116.

⁷⁵ *Reflections on...*, ob. cit., pág. 458.

⁷⁶ Peter Stanlis, «Burke and the Natural Law», pág. 227, en Ritchie, ob. cit.

⁷⁷ *Reflections on ...*, ob. cit., pág. 444.

de que el hombre «debe ser obligado a ser libre»⁷⁸ tiene unas resonancias similares. Para Rousseau, cuando un individuo manifiesta su disconformidad con lo establecido por la voluntad general, entonces es preciso hacerle comprender que la superposición de sus deseos personales al logro del bien colectivo no sólo afecta negativamente a la comunidad sino, por extensión, a sus propios intereses reales; aquellos que surgen de su condición de miembro integrante de la misma. La colisión entre intereses particulares e interés general, tanto en Rousseau como en Burke, se resuelve siempre en beneficio del segundo. En Rousseau la voluntad general dicta el contenido del interés colectivo, en Burke la tradición sanciona la existencia de unas libertades que propenden a la defensa del bien común. Interés colectivo y bien común constituyen un *desideratum* idéntico. En este sentido, las similitudes entre los dos pensadores en cuanto a su comunitarismo ontológico es notable, puesto que en ambos la creencia en la naturaleza dependiente del individuo no sólo sugiere la sociedad, sino que exacerba el papel preponderante de la misma sobre unos individuos que, al margen de ella, carecerían cuando menos de identidad política⁷⁹.

Conor Cruise O'Brien ha sostenido que Burke fue, ante todo, un pluralista, un defensor de la diversidad frente a las pretensiones «uniformizadoras» de los revolucionarios⁸⁰. Por su parte, Isaiah Berlin afirmó que la defensa de Burke de un único modelo de libertad, aquel que debe ajustarse al «bien común», implica la limitación de la capacidad de elección de los individuos⁸¹. Desde este punto de vista, en Burke, la posibilidad de elección estaría reducida a la decisión en torno a la materia intelectual con la que especulamos, pero impediría modificar la composición de nuestra naturaleza, que es la que nos dicta el criterio que determina en qué consiste el «bien común»⁸².

⁷⁸ En *El Contrato Social* (1762), extracto recogido en una selección crítica de textos editada por David Williams, titulada *The Enlightenment*, Cambridge University Press, 1999, pág. 123.

⁷⁹ Una interesante reflexión en torno a los paralelismos entre Rousseau y Burke, con relación a la presencia seminal de la teoría del *Natural Law* en sus respectivos pensamientos en Ian Harris, «Rousseau and Burke», en Stuart Brown (ed.), *British Philosophy and the Age of Enlightenment*, Routledge History of Philosophy, volume V, Routledge, Londres, 1996.

⁸⁰ «(Burke was) a defender of diversity against the claims of revolutionary absolutism», en Conor Cruise O'Brien, «Appendix: An Exchange with Sir Isaiah Berlin», pág. 609, en *The Great Melody. A Thematic Biography and Commented Anthology of Edmund Burke*, Londres, Sinclair-Stevenson, 1992.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 617.

⁸² David Bromwich, «Burke, Wordsworth, and the Defense of History», pág. 46, en *A Choice of Inheritance. Self and Community from Edmund Burke to Robert Frost*, Harvard University Press, 1989.

Efectivamente, la concepción de Burke en torno a los papeles que deben jugar el individuo y la comunidad estaría más cerca del republicanismo que del liberalismo. En el primero, la elección de fines por parte de los individuos que integran la comunidad debe propender al logro del bien del colectivo. Esa es, precisamente, la idea de Burke y es en esa medida que puede calificársele de un «comunitarista conservador», de forma que Burke se hace eco de ciertos planteamientos republicanos «flotantes» en el universo axiológico de su época. Ahora bien, este comunitarismo, como ha reconocido Michael Sandel, no es incompatible, necesariamente, con la defensa de las libertades, con la búsqueda de la satisfacción de los deseos individuales⁸³.

Desde su concepción aristotélica del hombre como un «animal esencialmente político», como un «civil social man»⁸⁴, Burke defiende unos derechos que no son sino las libertades y beneficios cuyo disfrute ha quedado garantizado en el transcurso de la historia, como reflejo de las tradiciones de una nación, y que son reconocidos y expresados en acuerdos y declaraciones que les confieren el rango de inalienables⁸⁵. Puesto que las revoluciones inglesa y americana tuvieron lugar en defensa de estos derechos tradicionales, se trata de procesos legítimos. Por el contrario, la Revolución Francesa se llevó a cabo con el propósito de inaugurar un nuevo modelo de libertad, un nuevo orden en el que la relación entre individuo y sociedad quedaba reconfigurada en beneficio del primero; y ésto es lo que, en última instancia, hacía de ella un proceso «subversivo», contrario a «la naturaleza de las cosas» y, por lo mismo, inaceptable.

RESUMEN

El pensamiento político de Edmund Burke es conocido, en Europa continental, a través de sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. Esta obra contribuyó a la definición de su pensamiento como meramente conservador. Sin embargo, el análisis de su actitud aprobatoria de las reivindicaciones de los colonos americanos en los años previos a la Declaración de Independencia, junto con su participación en el debate en torno al significado histórico y constitucional de la Revolución Gloriosa, arroja una nueva luz

⁸³ Michael Sandel, *Democracy's Discontent*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1996, pág. 5.

⁸⁴ J. Pappin, «Edmund's Burke Philosophy of Rights», pág. 117, en I. Crowe, ob. cit.

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 120.

sobre la complejidad del pensamiento de Burke. Permite entender, no sólo la radicalidad de su postura frente a la Francia revolucionaria sino también el origen liberal de su pensamiento, fundado, no obstante, en una visión comunitaria del individuo en la sociedad que pone el énfasis en un modelo de libertad nacido de la experiencia histórica colectiva de la nación británica.

ABSTRACT

Edmund Burke's political thought is known in Continental Europe, mainly, through his *Reflections on the Revolution in France*. This book helped in qualifying him as a mere conservative thinker. However, the analysis of his political attitude supporting the claims of the American colonists during the previous years to the Declaration of Independence, along with his involvement in a debate on the historical and constitutional meaning of the Glorious Revolution, casts a new light on the complexity of his thought. It helps to clarify his radical assessment against the French Revolution and shows the liberal roots of his thought, even though founded on a communitarian view of the individual in society that put the emphasis in a sort of liberty derived from the collective historical experience of the British nation.

Noelia González Adánez es investigadora en el Dpto. de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (Universidad Complutense de Madrid), donde realiza su tesis doctoral sobre los liberalismos inglés y español de finales del siglo XVIII y principios del XIX.